



LAS QUE SE QUEDAN

OBRA GANADORA DEL PREMIO INTERNACIONAL
DE DRAMATURGIA TEATRO POR LA DIGNIDAD
2017

Alejandra Serrano

71

Cuadernos de Dramaturgia Mexicana

PASODEGATO

LAS QUE SE QUEDAN

Alejandra Serrano

71

Cuadernos de Dramaturgia Mexicana

PASODEGATO

ALEJANDRA SERRANO (Ciudad de México, 1981). Licenciada en Literatura Dramática y Teatro por la UNAM. Dirige y desarrolla el anuario *Teatro en los Estados* (desde 2007) y el portal <teatromexicano.com.mx> (2009 a la fecha). De 2005 a 2015 formó parte de la organización del Festival de la Joven Dramaturgia realizado cada año en Querétaro; fue la coordinadora general de 2012 a 2014. Además de las nueve ediciones de *Teatro en los estados*, ha publicado los libros *La Capilla, sesenta años* (Textos de la Capilla) y *Compañía Titular de Teatro de la UV. Testimonios de sesenta años* (Editorial UV). Actualmente es parte del Centro Nacional de Investigación, Documentación e Información Teatral Rodolfo Usigli (CITRU) y preside la OSC <teatromexicano.com.mx>.

Las que se quedan es la obra ganadora del Premio Internacional de Dramaturgia Teatro por la Dignidad, el cual fue convocado en 2017 por la UNAM a través del centro Universitario de Teatro, la Universidad de Guadalajara a través de Cultura UDG, El Milagro, Carretera 45 Teatro, Casa del Teatro, Dramaturgia Mexicana y Paso de Gato.

Fotografía de portada:

Estefanía Márquez

Fotografía de contraportada:

Enrique Gorostieta

PASODEGATO

ISBN: 978-607-8439-78-2

© Alejandra Serrano Rodríguez

© Toma, Ediciones y Producciones Escénicas y Cinematográficas
bajo el sello editorial de Paso de Gato

Eleuterio Méndez # 11, Colonia Churubusco-Coyoacán, C. P. 04120,
Ciudad de México, teléfonos: (0155) 5601 6147, 5688 9232, 5688 8756

www.pasodegato.com

Correos electrónicos: editor@pasodegato.com, editorialpdg@gmail.com

Las autorizaciones para el montaje de esta obra pueden solicitarse a la autora en la siguiente dirección electrónica: alejandra@teatromexicano.com.mx

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra en cualquier soporte impreso o electrónico, así como el montaje escénico de la misma, sin previa autorización de la autora.

Algunos diálogos pueden sustituirse por acciones, de preferencia no dejar ambos. La acción inicial sugerida en la acotación está pensada para hacer florecer todos los estereotipos.

MARÍA y LUCÍA visten trenzas y huipil pelean a gritos sobre un metate, se dicen cosas como de telenovela: “por tu culpa se fue”, “maldita la hora que te tuve”, no importan los parlamentos, pero que se vean muy impuestos.

Al fondo hay una mujer deteniendo un telón pintado que se asoma más de lo que debería, de pronto ella grita: “ya te vi, hijo de puta”; corre por en medio de la escena y baja del escenario.

MARÍA, que peleaba en la escena, toma la palabra.

MARÍA: Y así fue como casi nos deportan a todas.

CONCHA: La Leonora lo persiguió tres cuadras.

LUCÍA: No sin antes despelucar a la chava con la que fue a ver la obra. “Carnetera, maldita perra carnetera”, le gritaba.

MARÍA: Tratamos de seguir con la función, como decía el maestro: la función no se detiene por nada del mundo.

LUCÍA: En medio del gritadero nosotras gritábamos más fuerte y aunque nadie nos pelaba, ahí seguíamos.

CONCHA: Sí, porque aunque la Leonora y el Gustavo ya habían salido del teatro, el escándalo seguía en la sala. Nadie sabía qué pasaba.

LUCÍA: Todos sabían lo que pasaba, pero la obra era tan pinche aburrida que cualquier pretexto era bueno para distraerse.

MARÍA: Es que nuestro público no iba precisamente a vernos actuar, a muchos ni siquiera les gustaba el teatro.

LUCÍA: A la mayoría no, no les gustaba el teatro, pero al Gustavo sí... ji ji ji...

CONCHA: Pobre...

MARÍA: Nuestras obras eran un pretexto para poder cruzar al otro lado y ver a nuestras familias.

LUCÍA: Presentábamos la obra y luego venía el borlote, se ponía rebueno. Yo iba a ver a mi marido, para él es más difícil cruzar.

CONCHA: Nadie sabía que la Leonora iba en el reparto.

LUCÍA: ¿Reparto?, ajá.

CONCHA: Bueno, que iba a viajar con la obra, ¿te parece mejor?

LUCÍA: ...

CONCHA: Nadie de las que íbamos dijo nada y pues se armó el desmadre.

LUCÍA: La única que podría haber advertido a Gustavo era su prima, pero Leonora la amenazó. Las demás, ninguna íbamos a decir nada, no era asunto nuestro.

MARÍA: Y bueno, aunque esto de las obras era un pretexto, nosotras lo tomábamos muy en serio. Nuestro maestro nos había inculcado amor y respeto al teatro y tratábamos de hacerlo bien.

LUCÍA: Aunque la obra estuviera pinche, aunque estuviera repinche como la de esa vez, nosotras le echábamos todas las ganas y seguíamos la función. En medio de la conmoción, los gritos, gente entrando y saliendo del teatro, nosotras seguíamos.

CONCHA: Hasta que llegó la migra y nos llevaron detenidas.

MARÍA: Con todo y vestuario puesto.

LUCÍA: Ja ja ja ja, sí me acuerdo. Qué pena.

MARÍA: El maquillaje era tan exagerado que creyeron que algunas de nosotras estábamos golpeadas.

LUCÍA: Sí, hasta mandaron a llamar a las trabajadoras sociales, no sé cómo les dicen allá, pero eso eran.

CONCHA: Nos preguntaron de todo, hasta si hablábamos español, por los vestuarios, que eran muy “folclóricos”.

LUCÍA: Es que así le gustaba al maestro que, por cierto, no paraba de llorar.

CONCHA: Cuando Leonora salió corriendo, él quiso salir también para agarrarla, luego se puso a llorar.

LUCÍA: En el carro de la migra, ya no lloraba, más bien iba enojado. No hablaba con nadie, pero cuando llegamos a la detención y vio que estábamos en las noticias, en la tele, ahí sí se puso a llorar de a de veras.

MARÍA: Yo pensé que lloraba porque a lo mejor ya no lo dejaban llevar más obras, pero después supe que era porque en treinta años de hacer teatro nunca habían escrito ni media palabra sobre su trabajo y ahora aparecía en todos los periódicos de México, en varios de Estados Unidos y hasta en la tele.

CONCHA: En la tele pasaban imágenes de la obra que la gente había grabado con el celular y se veía clarito cuando a la Leonora se le botó la canica.

LUCÍA: Paró el lagrimeo cuando le dijeron que lo iban a entrevistar.

CONCHA: Así de golpe, paró de llorar, se limpió las lágrimas y salió muy altivo a la entrevista.

LUCÍA: Cuando regresamos para acá quiso trabajar con actores profesionales en un teatrote de la capital, pero sólo le dieron un forito en una casa de cultura. Hasta nos invitó a la función.

CONCHA: A mí me pareció bien la obra.

LUCÍA: A mí, más o menos.

CONCHA: De todos modos creo que no le fue muy bien porque

un mes después lo encontré durmiendo en el parque que está al lado de la cantina.

LUCÍA: No era que a nosotras nos gustara hacerle a la artista, pero sólo así podíamos pasar al otro lado.

MARÍA: A mí sí me gusta, yo ni tenía a quién visitar y ya llevaba siete viajes.

CONCHA: Pues a mí no me gustaba, pero era mejor que pagar un pollero o Dios sabe qué otras cosas.

MARÍA: A nosotras no nos dan visa, no tenemos trabajo con prestaciones y ninguna garantía de que vayamos a volver.

LUCÍA: Como si dejar dos criaturas no fuera garantía, pero ya ven cómo son los güeros de desconfiados.

CONCHA: Y cómo son algunas de despistadas...

LUCÍA: Si lo dices por la Chela, ella siempre dijo que...

CONCHA: En fin, no nos daban visa y pues los nuestros allá.

MARÍA: Tampoco es tan fácil regresar.

CONCHA: Entonces hacíamos teatro.

MARÍA: Nos daban una visa provisional de artistas, que tramitaba una asociación civil.

LUCÍA: Me gusta cómo suena: artistas.

MARÍA: ...

CONCHA: ...

MARÍA: Pasábamos como artistas con la condición de que nadie se quedara.

CONCHA: Invitábamos a todos nuestros conocidos.

MARÍA: Al principio yo también invitaba, ninguno era amigo cercano ni familiar, pero conocidos. Luego dejé de hacerlo porque de todos modos iban para ver a alguien más.

LUCÍA: Como ven, ella es un poco rara.

CONCHA: No tan rara como la Leonora.

LUCÍA: No, no tanto como Leonora, que nos dejó colgadas a media función por corretear a un cabrón que hacía dos años no le contestaba las cartas.

—Pero bien que recibe los envíos de dinero.

LUCÍA: Pues tú, pendeja, que le sigues mandando.

—Pues mientras siga usando mi dinero, él sigue siendo mío —decía la Leonora.

CONCHA: Y le seguía mandando.

MARÍA: Ya no le mandaba completo, por supuesto.

—Ni que fuera pendeja.

LUCÍA: Sólo lo suficiente para sentir que todavía tenía derechos.

MARÍA: Mientras, seguía escribiéndole y tratando de cruzar.

CONCHA: Yo le conté de las obras de teatro.

LUCÍA: A buena hora.

CONCHA: Fue a un ensayo y no le gustó. Así que agarró camino. Llegó hasta Tijuana, pero se gastó todo el dinero en las cantinas.

LUCÍA: Más que en las cantinas en las rocolas de las cantinas.

—Me chocan las cosas norteñas esas que ponen.

LUCÍA: Así que le ponía un chingo de dinero a la maquinita para que tocara sólo sus canciones.

—A huevo, se chingan. Pinches norteños y su música fea.

LUCÍA: Se regresó de puros aventones, y es que para bajar nadie te la hace de pedo, la bronca es ir al norte.

CONCHA: La verdad yo creo que le dio miedo la cruzada y entonces el teatro no le pareció tan mal.

MARÍA: El maestro la ponía a detener la escenografía, a ves-

tirse de palmera o cualquier cosa que se inventara, para que no hablara.

LUCÍA: Y ya ven, ni así, pinche Leonora.

MARÍA: Es que el maestro no rechazaba a nadie.

LUCÍA: Lo que no rechazaba era la lana de la inscripción y la comisión del pasaje.

CONCHA: Nunca regresó por nosotras, la gandalla de Leonora.

LUCÍA: Sabía las reglas y le valió madre. Cuando se cansó de correr atrás de ese cabrón, se escondió abajo de un carro y se le escapó a la migra.

CONCHA: Nosotras, en cambio, detenidas.

LUCÍA: Una jodiéndose con tanto ensayo, tantas cosas que aprenderse para que ni pudiéramos terminar la condenada obra y peor, ni abrazar a la familia.

CONCHA: Supimos después que la traidora se había quedado en el gringo. Buscaba al Gustavo para cobrarle toda la lana que le había bajado y exigirle una disculpa.

MARÍA: Como sabía que a Gustavo le gustaba el teatro, armó un monólogo para cacharlo otra vez en la sala. O por lo menos para hacerle mala publicidad.

LUCÍA: Iniciaba así: Soy Leonora y ya me cansé de correr...

CONCHA: Ja ja ja ja.

MARÍA: Creo que le fue bien con eso.

LUCÍA: Sí, una vez hasta lo traje acá, el monólogo. Yo tenía ganas de que unos tiras la bajaran del escenario a media función para que supiera la culera lo que se siente.

CONCHA: Pero mi primo no se animó.

LUCÍA: "Cómo crees, me da pánico escénico", dijo el muy joto.

MARÍA: No estaba tan mal el monólogo, especialmente porque antes no podía aprenderse ni media palabra y cuando hablaba no se le escuchaba. Pero bueno, en el monólogo sí se le escuchaba.

LUCÍA: Ay, María, ahora resulta que la defiendes. Tú dijiste...

MARÍA: Sí, yo dije, he dicho y seguiré diciendo, pero en privado. ¿Entiendes la diferencia?

LUCÍA: No.

MARÍA: ...

LUCÍA: No entiendo, si vas a hablar mal de Leonora, qué mejor que hacerlo en público. ¿A poco no?

CONCHA: Yo tampoco entiendo, entonces qué es lo que hemos venido haciendo todo este rato, balconeando a la Leonora.

MARÍA: Sí, pero es diferente.

CONCHA: ...

LUCÍA: ...

MARÍA: Ya no importa, el caso es que al monólogo le fue bien.

CONCHA: Mejor que a nosotras, por lo menos. Veles la cara de dormidos a éstos.

LUCÍA: Ahh, es por eso que no quieres...

MARÍA: Ya no vamos a hablar del monólogo.

LUCÍA: Yo no sé qué se trae la María, si no la conociera mejor diría que algo le duele, pero a ésa no le duele nada, o bueno, de lo que le duele inventa cosas... No será que tuviera algo con el Gustavo...

CONCHA: ¡Ah!, pinche Lucha, te digo qué... Si María no quiere hablar de eso, pus no hay que hablar de eso y ya, a ti en qué chingados te afecta.

LUCÍA: No, si no es que me afecte, pero me parece raro.

CONCHA: Pero si ya te explicó, que lo privado y lo público o no sé cómo, ¿a poco no ya le explicó?

LUCÍA: Pues a mí no me queda claro. ¿A poco no inventa María cuando le duele algo? Por eso parece que no siente, pero

no es eso, lo esconde. Es que está acostumbrada a estar sola, la pobre. Yo una vez traté de emparejarla con un sobrino de Anselmo, pero no se dejó. Les digo que es rara.

CONCHA: ¿Cuál sobrino? El cojo...

LUCÍA: ...

CONCHA: No inventes, raro hubiera sido que aceptara, si está sola, no pendeja.

LUCÍA: Por lo menos que se embarace y ya está, pero ni eso quiere.

CONCHA: Cómo va a querer si nos ve a nosotras todas jodidas por los hijos y los maridos y además, lo de menos es que fuera cojo, es alcohólico y violento. Ya ni la chingas.

LUCÍA: Oh, pues, una que quiere hacer una buena obra y namás la chingan.

CONCHA: Tan fácil, ya no te metas en la vida de los demás. Voy por la María para seguir con la obra. Bueno, con nuestro cuentito. No se vayan, todavía nos pasaron muchas más cosas, ahorita les contamos.

LUCÍA: Esa Concha siempre defendiendo a María, pero es rara, más rara de lo que se alcanza a ver. A veces me da miedo. Yo sé que hay muchas cosas que no nos cuenta y eso no me parece normal. Pero bueno, sí es cierto que ha pasado muchas desgracias...

CONCHA: Entonces, como nos quedamos sin director, la asociación trajo otro para seguir con las visitas, pero duró muy poco.

MARÍA: Se desesperaba mucho.

LUCÍA: Lo que pasa es que nunca aprendió a pedir sus comisiones.

CONCHA: Yo le dije de las comisiones, pa' incentivar al muchacho, pero no quiso. "Yo lo hago por ayudar, no para ganar dinero", dijo.

LUCÍA: Tampoco sabía cómo hablarnos bonito. El maestro, nuestro anterior director, tenía muchos defectos: ponía obras feás, nos vestía con trenzas y huipiles, que odio, cobraba de más, se clavaba dinero de la escenografía, pero sea como fuera, sabía inspirarnos. Sabía convencernos de por qué estábamos haciendo esa obra fea y aburrida y hacerla con ganas.

CONCHA: En cambio el muchacho hablaba con palabras raras y se enojaba porque no le hacíamos caso, pus cómo, si no le entendíamos nada.

LUCÍA: Quería montar una obra, *Yierba* se llamaba.

MARÍA: *Yerma*.

LUCÍA: Eso... Yo no entendía.

—Oiga, como que ésta es medio pendeja, ¿no?

—¿Por qué cantan en el río?, ¿qué es eso?

—Y como que hablan muy raro, ¿no?

—No entiendo lo que dicen.

—Lo que alcanzo a entender me suena muy pendejo.

LUCÍA: Y así todas, y pues se enojó y se fue con su *Yierba*.

MARÍA: Luego de que se fuera, les pedí a las muchachas de la asociación que me dejaran intentarlo. Yo ayudaba al maestro y llevaba ya muchas obras, varias veces me puso a transcribir episodios de *Lo que callamos las mujeres* que luego ensayábamos.

LUCÍA: Y la dejaron.

CONCHA: La verdad que no lo hacía tan mal.

LUCÍA: Y por lo menos no nos vestía de trenzas y huipiles.

CONCHA: Sí, ya con eso.

LUCÍA: Las historias eran las mismas chingaderas.

MARÍA: El maestro decía que eso es lo que el público quiere, y la verdad no sabía de qué otro modo conseguir obras.

CONCHA: No salió tan mala la María, y pues además todas nos alegramos de que tuviera en qué ocuparse.

LUCÍA: Sí, como es sola la pobre.

CONCHA: Tan buena muchacha y tantas desgracias que ha vivido.

LUCÍA: La madre también era sola y pues un día tuvo un accidente.

CONCHA: Murió quemada.

LUCÍA: En una gasolinera que explotó.

CONCHA: Y se quedó sola la criatura. Yo creo que por eso es tan rara, como que trae la tristeza muy acomodada.

MARÍA: Mi mamá no murió quemada, ella se fue al otro lado como tantas otras, buscando a su marido. Pero no importa cuántas veces se los dije, nunca se les quitó la idea. Por eso ya no insisto y dejo que la verdad sea lo que quieran creer. Hasta una indemnización me dieron cuando vinieron a reabrir la gasolinera. Alguna vez pensé en buscarla, a mi mamá, pero con el tiempo se me fueron yendo las ganas. La primera vez que crucé ni me acordé de ella, luego, con lo de Leonora, se me ocurrió que quizá mi mamá había estado alguna vez en la sala. No creo que pudiera reconocerla, ni creo que ella me reconociera a mí.

CONCHA: Un día regresó el maestro.

LUCÍA: Dizque como asesor, pero se la pasaba de metiche.

CONCHA: Su primer comentario fue que por qué estábamos vestidas así, que nos pusieramos los huipiles, que si no el público no se siente identificado.

LUCÍA: Mis ovarios no se sienten identificados con los huipiles.

CONCHA: Estábamos mejor con María. Pero ya no la dejaba ni hablar, mucho menos dirigir.

MARÍA: Nunca les dije, pero el maestro vivió ese tiempo en mi casa. Un día que lo vi durmiendo en el parque al lado de la cantina, lo invité. Apestaba a vómito, orines y alcohol. Estaba tan jodido y me dio tanta pena que dejé que me cogiera y pues desperté con novio. Yo no quería eso, pero... no sé... Me sentía mal por él. Después me pidió ir a los ensayos, "Sólo a asesorar", dijo. Pero ya ven cómo son los hombres. La verdad no me hubiera importado que regresara a dirigir, pero no lo soportaba en la casa. No era mal hombre pero no me acostumbro a la gente. Le pedí que se fuera. Creo que no soy buena persona.

LUCÍA: Cuando volvió a desaparecer no lo lamenté.

CONCHA: No era justo que todo el trabajo de María lo echara a perder.

LUCÍA: Lo volví a ver en el parque, unas semanas después.

CONCHA: Yo también lo vi en el parque, pero no duró mucho ahí. Se encontró a la Leonora y quién sabe cómo se fue con ella de gira con el monólogo. Que de su agente, dicen.

LUCÍA: Claro, su agente.

MARÍA: No nos detengamos más con Leonora, ni con el monólogo, Sigue contando Concha.

CONCHA: ...

LUCÍA: ...

CONCHA: El caso es que volvimos a cruzar y esta vez sin trenzas.

LUCÍA: De hecho salimos a escena bien arregladitas y maquilladitas.

CONCHA: Las muchachas de la asociación nos ayudaron a maquillarnos.

LUCÍA: Ahora sí me sentía artista, con todo y escolta.

MARÍA: Y es que pusieron guardias en las entradas, al parecer el nuevo presidente era más desconfiado que los anteriores y eso que...

LUCÍA: Igual. Yo me sentía importante. La obra era la misma mamada de siempre, pero no es lo mismo salir a escena bien elegante que con unos huipiles.

CONCHA: La Aurora tenía un monólogo que siempre se le olvidaba.

LUCÍA: No sé por qué María no la quitó del papel, siempre se trababa.

CONCHA: Porque le salía rechulo.

LUCÍA: De qué sirve si se le olvidaba.

CONCHA: Pues esa noche no se le olvidó.

LUCÍA: Ya sé, puta madre, yo esperaba que la cagara para que ahora sí me dejaran a mí.

CONCHA: Pero si tú lo dices todo como cantado.

LUCÍA: Y qué, por lo menos no se me olvida. Además Aurora ni tenía nadie quién la viera y yo sí. Mi familia estaba toda ahí.

CONCHA: Ah, si serás, namás sembrando la endromia.

LUCÍA: Pos qué, yo sí tengo familia. Ni modo que me avergüence porque otras no, si no es mi culpa. Si siempre me están diciendo que ya me vaya pa'llá, que hay jale, pero pus qué esperanzas, con los niños chicos, cómo. Me dicen que si no me voy pronto, el Anselmo se me va a doblar, que aunque me quiera, tarde o temprano a todos les gana el frío. Mi cuñada siempre me está diciendo... A veces me dan ganas, otras veces pienso que así es y que ni modo, y la mayoría de las veces mejor ni lo pienso, ya será lo que Dios diga.

CONCHA: La Lucha no sabe, pero la vimos ese día. Su niña acababa de nacer y al niño le dio una infección. Sí es cierto que tiene mucha familia, pero da igual, acá está sola. Hasta a la abuela ya se la llevaron. No tiene a nadie que la ayude.

MARÍA: La vimos salir ya muy noche, con maleta y sin los niños.

CONCHA: Iba tan rápido que dejó la puerta abierta.

MARÍA: Emanuel tenía fiebre muy alta y lloraba. Ahí estuvimos varias cuidándolo y consiguiendo medicina.

CONCHA: La verdad todas estábamos muy espantadas, qué íbamos a hacer si la Lucha no regresaba. Todas sabemos cómo les va a esos niños. Digo, una trata de ayudar, pero al final...

MARÍA: Estaba por amanecer cuando regresó. Salimos sin que nos viera. La escuchamos llorar y pedir perdón a los niños. Les prometió que ellos nunca se irían, que vivirían siempre de este lado.

CONCHA: La Aurora también estaba ahí y si no la deja de chingar un día se lo va a echar en cara.

LUCÍA: Yo sé perfectamente que ahí estaba Aurora, por eso la chingo, para que no crea que por eso somos amigas. Cómo no iba a darme cuenta con todo el desmadre que dejaron. Así es esto, todas estamos solas y ni modo, nos toca cuidar a los hijos de las otras cuando una se deschaveta, como Chela o la mamá de María. Por lo menos Chela avisó, les manda dinero, juguetes. La mamá de María sólo desapareció. Por un tiempo pensamos que no había logrado cruzar, pero después alguien la vio por allá. Por supuesto nadie le dijo nada a María, ella prefiere creer que su mamá murió en un incendio y así está bien, sin duda es mejor a que te hayan olvidado por completo.

MARÍA: Yo no nací aquí, nací en el D. F. Mi papá ya se había ido para entonces y vivíamos con mi abuela. Cuando ella murió nos venimos para acá. Yo tendría como cinco años y durante todo el tiempo que estudié me dijeron *la chilanguita*. Mi mamá hizo un trato con la vecina:

—Mira, yo me voy ahorita y tú me cuidas a la niña.

—Mejor nos vamos las dos.

—¿Y los niños?

—Se los encargamos a la Concha, al fin que su hijo ya se fue.

—Cómo crees, ¿y cuando ella quiera ir a verlo?

—Pues para entonces ya regresamos, porque la idea es regresar, qué no.

—Sí, sí, claro. Pero también la idea es ir con buen tiempo. Mira, yo me voy un año en lo que crece tu niño para que tú te vayas un año también.

—Un año...

—No es tanto, ni modo que dejes al chamaco así tan chico, cuando regreses ni te va a reconocer.

—Pues eso sí.

—Y si todo sale bien, después dejamos a María que lo cuide y ahora sí nos vamos las dos. Porque tampoco es tan fácil andar regresando, por eso digo que primero un año, así le calamos.

MARÍA: Mi mamá nunca se volvió a comunicar. Como al año de no saber nada de ella murió el niño de Doña Jeny y poco después murió ella. Dicen que de tristeza, pero yo sé que fue de coraje. Tenía la mirada encendida todo el tiempo. Todas las promesas rotas de su marido y de mi madre la hicieron piedra por dentro y cuando me veía se le avivaba el fuego. Dejé de salir del cuarto para no hacerla enojar más, me salía por la ventana para ir a la escuela y ya noche me volvía a meter. Hasta que una vez entró de noche a mi cuarto y yo dormida me agarró a palazos, entonces empecé a dormir debajo de la cama. Lo bueno que eso no duró mucho porque murió pronto. Tardé casi una semana en darme cuenta que había muerto.

LUCÍA: Pues ahí estaba la Aurora con su monólogo. Si quieren se los digo, para que vean que sí me lo sé completito... Yo estaba muy atenta esperando que se trabara y la vi rara, como que ahogándose, pero no se equivocaba la cabrona. Solo por hacerme la maldad no se equivocaba. Al contrario, como que se escuchaba más natural, como si lo sintiera de a veras. Eso es trampa.

MARÍA: Teníamos un efecto especial, a la mitad del monólogo prendíamos una máquina de humo para que terminara rodeada de neblina. Nunca habíamos probado la máquina.

CONCHA: Estábamos tan contentas trabajando con María que todas nos pusimos creativas y yo conseguí una máquina de humo. La habían confiscado de una feria.

—Oye, prima, mira lo que te conseguí. Estaba ahí arrumbada en la estación y pues yo sé que le haces a eso del teatro, ¿no? ¿A poco no te sirve?

CONCHA: No sé. Nunca había visto una cosa de estas. ¿Qué es?

—¿No que muy artista?

CONCHA: Oh, si serás jodón, ya di pa' qué sirve

—Es una máquina de humo.

CONCHA: ¿Y para qué queremos humo en el teatro?

—Pues para hacer efectos especiales.

CONCHA: Me explicó cómo usarla. Estábamos tan emocionadas con nuestros efectos especiales que ni siquiera la probamos. No se nos fuera acabar el liquidito. Ni idea de dónde se consigue eso.

MARÍA: La primera vez que la usamos fue en esa función. Los técnicos del teatro me aseguraron que sabían cómo usarla, así que ni me preocupé de eso. Al contrario, estaba fascinada con la actuación de Aurora, tanto que no me di cuenta que todo el público estaba tosiendo.

LUCÍA: Yo sí vi que empezaron a toser, pero pensé que era normal si les echas humo en la cara, digo. Pensé que era parte del efecto especial.

CONCHA: La Aurora terminó su monólogo sin equivocarse y se desmayó. Ahí empezó el desmadre.

LUCÍA: La maldición de Leonora. Todo esto es culpa de ella. Desde que hizo la chingadera no hemos podido terminar una

función sin problemas. Bueno, no, no se espanten, ésta parece que va bien, ¿no? Es que dicen que el teatro es sagrado y como cualquier dios, si le mientas la madre se desquita, y pues ya la había agarrado contra nosotras.

MARÍA: Aurora se desmayó, las que estaban en el escenario gritaron y varios en el público se pusieron de pie para aplaudir, pero éstos también se desvanecieron.

LUCÍA: Después del monólogo seguía yo y me seguí con la obra, hasta improvisé un poquito, así como nos quería enseñar el muchacho. Traté de hacer como si el desmayo de Aurora fuera parte de la obra, pero yo también empecé a toser.

CONCHA: Yo vi el desmadre y dije, mejor me voy de una vez porque quién sabe en qué acabe esto y tengo que ir a la cárcel. Pero el poli no me dejó salir. Le dije que ya tenía permiso, que había avisado, pero en la discutió con el poli se escucharon muchos gritos. Algo le dijeron por la radio y que me pone las esposas. “Oiga, no, pero si yo qué, yo me tengo que ir.” Me dejó ahí amarrada y se fue corriendo.

MARÍA: Hasta que Aurora se desmayó no me había dado cuenta de nada. No se me ocurrió otra cosa que apagar la máquina. Fui con los técnicos pero también estaban tirados, yo tosía y no sabía cómo apagarla. Tardé un rato, casi me desmayo también. Cuando pude ver lo que pasaba, la sala era ya una locura. Los primeros en pararse se habían desmayado y los demás estaban pasando sobre ellos, pero no había hacia dónde ir. Los policías que cuidaban la entrada no dejaban salir a nadie, aunque ellos también estaban tosiendo. Eventualmente la gente derribó al policía y pudieron salir al vestíbulo. Con la ayuda de un par de técnicos que quedaban, empezamos a sacar a los intoxicados hacía el *lobby* del teatro, cuando de pronto entraron por atrás del teatro otros policías, muchos, con máscaras antiguas y pistolotas.

LUCHA: Yo estaba cargando a la Aurora cuando llegaron los

enmascarados. Se ve flaquita, pero pesa un chingo la condenada. Los polis me gritaban en inglés y yo no entendía nada, qué querían. No me dejaban avanzar, sólo me gritaban y me apuntaban con sus pistolotas, y pues yo también les gritaba: “Déjenme pasar, no ve que está mala y que pesa un chingo. No le entiendo. Vaya y apunte su pistolota a su puta madre”. Me cansé de estar ahí paradota gritoneando y bajé a Aurora. En cuanto la puse en el suelo, pum, que me tiran al piso y me agarran.

MARÍA: No sabía qué hacer. Nunca creí que en una función pudiera pasar algo peor que lo de Leonora.

LUCÍA: Y la maldición se completó. Terminamos en la cárcel, otra vez, y otra vez no pudimos terminar la obra. Todavía faltaba mi parte, puta madre.

MARÍA: Lo peor es que Concha no alcanzó a ver a su hijo.

LUCÍA: Cuando nació Omar, Concha sólo tomó al niño y lo amamantó. No dijo nada. Cuando a los 16 se fue pal otro lado, Concha sólo dijo: “Malhaya la hora en que nació varón”. O algo así. Ésa fue la única vez que se quejó. Nunca más dijo nada, ni cuando lo agarraron, ni cuando lo sentenciaron.

MARÍA: A Concha no le va mal acá, gana suficiente para ella y para mandarle al hijo.

LUCÍA: En lugar de que el cabrón le mandara. Me cae que me corto una chichi si dejo que mijo salga así.

MARÍA: Gana poco pero le completan con vales de despensa que cambia por efectivo en las colas del súper.

CONCHA: Si yo para qué quiero pinches vales, en el Walmart todo sale más caro, además de feo. No me rinde y no le puedo mandar vales a mijo, verdad. Por eso los cambio. Me sale

mejor. Hay días que es rápido, en menos de una hora ya salí. Hay otros que todo mundo paga con tarjeta o también con vales o nomás ya no confían. Lo mejor para cambiar son los estudiantes, éstos siempre traen efectivo, aunque sea poquito y no son tan mañosos, quieren ayudar. Ellos me los cambian rápido. Ji ji. A veces a ellos sí me los chingo, si se apendejan les doy un valesito expirado. Ni modo, si no dónde los cambio.

MARÍA: Antes Concha siempre actuaba, pero desde que su hijo está en la cárcel nos ayuda con el vestuario y otras cosas, así aprovecha el tiempo de la función para verlo. Esta vez se quedó a la función, quería ver la máquina de humo.

LUCÍA: Todas queríamos, nos hacía mucha ilusión.

CONCHA: Nada más que termine la Aurora y le corro pa' la cárcel. Era un ratito nomás.

MARÍA: Fue mi culpa, debí probarla antes. No lo pensé, no se me ocurrió nada así. Hasta ganas me dieron de llorar, por estúpida que soy y por la Conce, que la desgracié en el camino.

LUCÍA: Lo primero que dijo Concha cuando llegó al grupo de teatro fue: "Me llamo Concepción y me caga que me digan Concha". Y pues ahí quedó. Ya no hubo manera. María que es dócil trataba de decirle Conce, pero hasta ella terminó diciéndole Concha. Y es que tiene cara de Concha, ni modo. Eso fue hace ya siete años, antes de que entambaran al Omar.

CONCHA: Cuando nació el Omar, clarito le vi en la mirada todo lo que iba a pasar, la cruzada, la cárcel, ya lo sabía. Es-

taba hasta en su forma de tomar teta. Hice todo lo que pude, lo llevé con doña Amparito para que le hiciera unos amarres, para que no se fuera. Prendí velas, recé. Hasta me lo llevé a México con San Juditas cuando tenía seis años. Igual se fue. Pienso que si hubiera tenido una hembra nos hubiera ido mejor, las dos trabajando y juntando nuestra lanita. Pienso que hubiera estado más acompañada. Lo que no hubiera podido aguantar es que a miya le naciera un varón y le pasara como a mí con el Omar, el grande o el chico, cualquiera de las dos cosas está jodida. Eso no lo hubiera podido soportar, que le pasara a miya, no. Mejor yo que ella. Qué bueno que no tuve hembra.

MARÍA: Estábamos otra vez en los separos, la última vez se habían tardado un par de horas en dejarnos salir, pero ya llevábamos más de tres y no sabíamos nada. Ni siquiera por qué nos habían detenido.

CONCHA: Estábamos encerradas y no había podido ver a miyo. Tenía ganas de llorar, pero también me daba mucha risa. Tenía algo de gracioso. ¿Qué no?

LUCÍA: Yo creo que algo hicimos mal, no es normal. El maestro decía que eso de *rómpete una pierna* era una mentira, que no se usaba. Antes de la función él nos decía: "Mucha mierda". A mí siempre me molestó, qué es eso echarle mierda a una. Pero quizá tenía razón, qué tal que todo había pasado por faltarle al respeto al teatro. Primero con lo de Leonora y que nos suspendieran la función y luego con lo de la mierda. Por lo menos debimos decir *rómpete una pierna*.

MARÍA: Mientras esperábamos, las demás especulaban y hablaban de maldiciones. Yo no podía decir nada. No sabía qué

había pasado, pero imaginaba que tenía que ver con la tosera y la máquina de humo que no probé. Cómo le voy a echar la culpa a Leonora, al maestro, al teatro o al destino cuando yo no sabía lo que hacía.

CONCHA: Resulta que la dichosa maquinita que me regaló mi primo la habían confiscado por que la usaron para transportar sabe qué droga. El muy imbécil ni sabía cuando la sacó y por eso casi nos entamban.

MARÍA: Después de seis horas encerradas ya estábamos de verdad espantadas.

LUCÍA: Ah, qué escándalo hacen estos güeros por unas tosecitas.

MARÍA: Nos querían procesar por terrorismo. Estaban probando la máquina de humo para ver si tenía Antrax o alguna otra arma biológica. La sentencia era de por vida.

LUCÍA: Ahí sí se me cayeron los calzones. Qué bueno que no me traje al Emanuel, fue lo único que pensé mientras me detenía los calzones.

MARÍA: Nos interrogaron a todas.

LUCÍA: Una por una, luego todas juntas y en diferentes combinaciones. Yo no entendía nada, sólo me agarraba los calzones. Por si las dudas.

MARÍA: Hablaron a México para preguntar por la máquina. Estuvimos casi una semana detenidas y de lo que pasaba afuera, ni enteradas.

CONCHA: Por fin me creyeron que nos habían regalado la máquina, pero se tardaron más en creer que no la habíamos probado, como que no entendían. Sería por la dizque intérprete pocha que nos pusieron.

MARÍA: Pasamos de ser una secta de terroristas suicidas a unas torpes aprendices de comediante.

CONCHA: Pues ya está, ¿ya ven?, les dije. ¿Pero por qué no nos han soltado?

MARÍA: Seguían evaluando nuestra falta, porque si bien no éramos terroristas sí habíamos puesto en peligro a “ciudadanos americanos”, nos dijo el abogado.

LUCÍA: Qué americanos, si tienen el nopal grabado en la cara. ¿No están viendo?

—Pues sí, son mexicanos pero muchos de ellos tienen estatus de ciudadanía, y pues tienen que...

LUCÍA: Ciudadanía mis ovarios, si todos se esconden del tal Trump.

CONCHA: Ya déjalo hablar.

—Gracias, señora. Estoy trabajando en un amparo, pero como está la cosa dudo que sea necesario. Hay mucha presión para que las liberen.

CONCHA: ¿Y Aurora cómo está? ¿Sigue en el hospital?

—No, Aurora ya está bien, salió ayer del hospital.

LUCÍA: Ah, chingá, ¿y dónde está?, ¿por qué no la han traído?

MARÍA: Con el escándalo de Leonora habíamos salido en muchos periódicos locales y cuando regresamos un crítico de teatro sintió curiosidad y nos fue a ver.

CONCHA: La Aurora era una estrella.

LUCÍA: Otra vez la maldición... Pinche Leonora... Pinche Aurora.

CONCHA: Pero no sólo ella, María también, y había protestas para que nos dejaran salir. O eso dijo el licenciado.

MARÍA: Cuando dieron de alta a Aurora, intervinieron varias ONG para que no la encarcelaran. Para cuando nos enteramos, Aurora ya estaba haciendo entrevistas en todos los programas gringos, hablando de la asociación, de nuestro grupo de teatro y de quién sabe qué tantas cosas.

CONCHA: Afortunadamente no teníamos tele porque a la Lucha le hubiera dado un ataque si veía a Aurora en la tele.

MARÍA: Lo de Lucía y Aurora no es de ahorita.

CONCHA: Desde chiquillas tenían sus rivalidades, sabe dios por qué, si la Aurora es más chica y mucho más guapa. Bueno, el caso es que no se querían mucho y pues luego Aurora le hizo la chingadera a Lucha.

MARÍA: Para colmo de males se embarazaron las dos casi al mismo tiempo. La niña de Aurora nació primero y le puso el nombre que la Lucha había escogido para la suya.

—Fue lo único que se me ocurrió en el momento, perdón. Pero pues, ¿qué tiene que se llamen igual? Va a ser lindo, ¿no?

LUCÍA: Dijo la muy cabrona cuando le reclamé. Y claro que me retroemputó que se robara el nombre que tanto tiempo estuve pensando, María de Lourdes. Para decirle Marilú... De todos modos al final no importó... Igual sigo encabronada, esas mamadas no se hacen.

MARÍA: Tal vez se le hubiera quitado el coraje.

CONCHA: Yo lo dudo mucho, aunque no hubiera sido lo mismo, claro.

MARÍA: Lucía perdió al bebé y vio crecer en su misma cuadra a una Marilú que no era la suya.

CONCHA: Por fin nos avisaron que nos iban a soltar, pero que todavía no nos podíamos devolver.

MARÍA: La investigación continuaba y lo que parecía el fin, fue apenas el principio. Nos dijeron que por el momento no podíamos regresar a México, ni tener contacto con nadie que hubiera estado en el teatro.

LUCÍA: Es decir, con todos lo que conocíamos de ese lado, ya ni la chingan. Dónde nos íbamos a quedar, ya casi no teníamos dinero.

MARÍA: No estábamos encerradas, pero tampoco éramos libres.

LUCÍA: Por lo menos la Concha podría ver a su hijo, ya si nos tocaba dormir en un albergue... pues no sería la primera vez. Qué chingados.

MARÍA: Todos los días durante el tiempo que estuvimos allá, Concha se iba a la cárcel casi cuatro horas.

LUCÍA: Por lo menos aprovechó.

CONCHA: No es que yo quisiera ir todos los días, pero si no iba me hubieran visto raro. La verdad es que yo ya no conocía al Omar, tenía pocos recuerdos de él, lo veía dos veces al año. No sabía de qué platicar y verlo diario no ayudaba. El pobre no sabía qué decir, estaba todo el día encerrado, qué me iba contar de nuevo. Por eso muchos días no fui, para evitarle a mijo la molestia. Les decía a las otras que iba a verlo, pero me iba a caminar la ciudad, a ver las tiendas.

LUCÍA: Me acuerdo clarito el día que nos soltaron, nada más se abrió la puerta de la calle y se escuchó un barullo que nunca había escuchado antes. No entendía qué pasaba.

CONCHA: Estaba lleno de periodistas y gente con pancartas y banderas de México, así, muy bonito.

LUCÍA: Y matracas, eso fue lo único que pesqué de todo el ruiderío.

CONCHA: Lo más raro es que eran puros güeros, los que traían las pancartas y las matracas eran güeros. Yo buscaba gente conocida, pero sólo veía güeros.

MARÍA: ¿Quiénes eran todos esos y por qué nos aplaudían?... Antes de que pudiéramos pensar nada llegaron hasta nosotras unas gringas muy atentas y nos hablaron en algo que quería ser español, pero que no entendimos. Alcancé a escuchar la palabra “santuario”.

LUCÍA: Les entendíamos mejor en inglés, pero ellos insistían en hablar español.

CONCHA: Nos repartieron y nos acomodaron en casas de voluntarios, puros gringos que medio masticaban español.

MARÍA: Yo quería preguntar qué pasaba, pero había demasiado ruido.

LUCÍA: Nos mandaron a diferentes casas. Fueron días muy raros.

MARÍA: Ya les dije que no soy azteca.

—Nada por avergonzarte. *You are beautiful, be proud of it. Ogullo.*

MARÍA: No, si no me avergüenzo.

—*That's better.*

MARÍA: ...

MARÍA: En la casa que me enviaron me querían enseñar a prender una computadora, a usar el microondas. Hasta del control remoto me querían dar explicaciones. Me harté, dije que estaba en penitencia. Me encerré en el cuarto y no volví a hablar con ellos.

LUCÍA: A mí no me dejaban comer hamburguesas, ni tomar Coca-Cola porque “le hace daño a mi cultura”. De qué mierdas hablan. De nada servía mentarles la madre, casi que me aplaudían cada que lo hacía.

— *She’s so expressive.*

— *So full of life.*

— *Trump is so wrong about mexicans.*

LUCÍA: Ahhhh. Bajé como 10 kilos en esa casa, pura verdurita. Ni que fuera conejo.

CONCHA: Yo me salía todo el día y cuando llegaba había comida. No estaba mal. Al principio les ayudaba a limpiar la casa, pero me pidieron que no lo hiciera. Un par de veces me preguntaron por mi hijo, sólo les dije que estaba bien. Dejaron de preguntar. Eran amables y comprensivos. Fueron unas buenas vacaciones.

MARÍA: El juicio seguía.

LUCÍA: Sólo ahí podíamos ver a los nuestros.

MARÍA: Bueno, no era exactamente un juicio, según entendí, era una audiencia para ver si nos juzgaban o no. Si perdíamos esto, íbamos a juicio.

CONCHA: El caso es que todavía faltaba mucho y no veíamos pa’ cuando acababa.

LUCÍA: Para entonces ya llevábamos más de dos semanas y yo

vuelta loca. Apenas podía hablar con los niños, ya no tenía dinero qué mandarles a la comadre. Y ella asustada sólo me decía:

—Pero no te vas a quedar allá, ¿verdad, Lucha?

LUCÍA: De veras, de veritas, lo único que quiero es regresarme, pero pinches gringos no me dejan. De veras, comadre.

—Ay, comadre, eso suena tan raro. No me culpe por no creerle. Mire, si se queda por mí está bien, nomás mande por los niños que yo no voy a poder.

—Que no, de veras. Nomás que me dejen me regreso, sólo que no le puedo mandar ahora nada.

—No, si va a regresar no importa, no importa la lana, nomás con que regrese pronto.

MARÍA: Tardamos mucho en entender qué pasaba, todos nos atendían.

LUCÍA: No teníamos dinero y todo nos daban, pero eso no se sentía bien. Raro, pues.

CONCHA: Yo ni me preocupé, mientras haya, habrá, y cuando no haya, haber qué, pensé.

LUCÍA: Un día, en uno de los juicios, llegó Aurora con una reportera y le señalaba a María. Resultó que todo el alboroto era porque pensaban que María era un genio del teatro.

CONCHA: Ya nos habían dicho algo cuando estábamos detenidas, de las manifestaciones y eso para que nos dejaran salir, pero nunca nos imaginamos qué tanto o como por qué.

MARÍA: El crítico que había ido y de quien nunca me pude aprender su nombre, Neil Genzialgo...

LUCÍA: Ése, el Nel, qué cosas tan bonitas dijo de ti. Y todos se lo creyeron, ja ja ja, y por eso nos atendían tan bien. Sin él, seguro que terminábamos en la cárcel.

LUCÍA: En la cárcel o atoradas en el gringo sin dinero y sin poder regresarnos. De verdad que, dentro de todo lo malo, ese Nel fue una bendición.

CONCHA: Nel dijo que María era una revelación, que su texto era “honesto y lleno de frescura” y que era algo de ¿realidad mágica?, ja ja ja, de dónde, sí María ni escribió la obra y mucho menos era mágica.

LUCÍA: Sí, dijo algo así como que la historia era conmovedora, y creo que pensó que era de verdad, o eso entendí. ¿Imagínate nomás?

MARÍA: Cuando trabajaba con el maestro transcribíamos capítulos de telenovelas y así, pero él los firmaba con su nombre. Decía que era para evitar problemas de derechos de autor, así que yo hice lo mismo. Yo creo que si había diez palabras más en el texto eran muchas, eso sí, la selección era mía. Pero todo esto era muy difícil de explicar, con trabajos pude decirles que no eran historias verdaderas.

CONCHA: Y luego que le preguntan a María que si había visto mucho teatro o que cómo aprendió y pues nada qué. Qué iba a haber visto de teatro María, lo mismo que nosotras, sólo las obras que a veces llevaban o las que hacíamos nosotras, nada más. Pero eso sí, muchas telenovelas.

LUCÍA: Je je je, sí, y todavía les gustó más porque era un “talento natural”.

MARÍA: Literalmente dijeron que yo era un genio.

LUCÍA: Háganme el rechingado favor.

MARÍA: Yo nada más sonreía, pues qué iba a decir.

LUCÍA: Pues sí, cuidadito y se dieran cuenta que no, porque luego nos cobraban todo. No, María no podía decir la verdad. Bueno y aunque la dijera, ni le iban a creer, ya estaban muy entrados con su versión del asunto.

MARÍA: Yo ya no quería hacer entrevistas, pero el abogado dijo que nos convenía, que así era más fácil que nos liberaran.

Yo sentía que en una de esas nos cachaban, la pasé terrible, pero ahí me tienen:

—*Wuacha cuahca theatre, whera performer cace dace?*

MARÍA: Sí, a veces.

—*Ohh, yur veri wacha achua wuacha wuacha.*

MARÍA: Claro, es que en México no se puede de otra manera.

—*Yes, yes, yes, so sad... And the aztecs wacha, wacha, end of the world?*

—No, no soy azteca y no sé por qué el mundo no se acabó en el 2012, ni sé cuándo se va a acabar.

MARÍA: Las otras les habían contado que mi padre nos había abandonado, que mi madre había muerto en un incendio y que mi única tía —la vecina— se había suicidado. Todos querían hablar conmigo y yo no tenía nada qué decir, ni les entendía. Me hacían preguntas muy raras que no sabía contestar, ya se me había acabado el “no soy azteca” y si me hubieran dejado un poco más seguro que termino haciendo de conchera a media entrevista. Lo único que quería era regresar a México y no me dejaban.

CONCHA: El juicio se acabó y nos declararon inocentes.

LUCÍA: Y de repente todo eso se apagó. Así, como se apaga la tele.

MARÍA: Aunque era una pesadilla, ya me estaba acostumbrando. No creí que me fuera a dar tanta tristeza cuando se acabara.

CONCHA: La gente de la casa, muy amable, nos pidió que le llegáramos a la chingada. Claro, no con esas palabras, pero sí.

MARÍA: Había terminado la audiencia, ya podíamos ir a donde quisiéramos. Todas teníamos familiares y conocidos con quienes quedarnos.

LUCÍA: Yo me hubiera quedado con el Anselmo, pero... Debí

quedarme con él, pero no sé por qué no me dieron ganas. Nunca le dije que me ofrecieron asilo.

MARÍA: A mí también me ofrecieron quedarme. Me daban trabajo en un teatro, de costurera para que aprendiera más, pero lo que ya quería era regresar. Ahí todo era como de a mentiras, embriagante y confuso. Sabía que si me quedaba un poco más, no regresaría nunca. La verdad no sé muy bien por qué no me quedé.

CONCHA: Yo no me quería quedar, pedí el asilo porque pus ni modo de no hacerlo, verdá. Pero no quería. Qué iba a hacer allá. Cómo le iba ayudar eso al Omar. Qué bueno que no me lo dieron.

LUCÍA: A la Concha sí debieron dárselo. Ya ni la amuelan, pinches gringos.

MARÍA: Se quedaron allá Aurora, Bety y Mayra, aunque poco después las deportaron porque tenían antecedentes penales. Ya no había nadie para defenderlas.

CONCHA: Hasta la que estaba panzona la regresaron. Antes no hacían eso.

LUCÍA: Uno de sus primos que había nacido allá las acusó, traidor de mierda. Si nacer allá les lavara la sangre. Podridos que están, por eso no me quedé allá, me pudro igual.

CONCHA: Por lo menos a ellas las dejaron en Tijuana, nosotras no teníamos un peso para regresarnos.

MARÍA: Sé que hubo una colecta, porque lo vi en todos lados, hasta en el Facebook. Pero quién lo juntó y dónde quedó ese dinero no tengo la menor idea, porque nosotras no teníamos nada.

LUCÍA: Fueron los de Televisa, algo contra los muros. Me contó la Rocío, la de la tiendita. Hasta ella donó.

MARÍA: Pues yo no sé quién fue, ni me importa. Lo que importa es que ya llevábamos casi un mes allá, un mes queriendo regresar y ahora que por fin nos dejaban, no teníamos cómo.

LUCÍA: Ya nadie nos pelaba.

CONCHA: Nos habíamos acabado todo el dinero y habíamos pedido prestado todo lo que podíamos y lo único que se me ocurrió fue hablarle a mi primo. Había jurado ya no hablarle nunca más a ese cabrón, por su culpa casi nos meten al bote, pero pues no se me ocurría a quién más pedirle.

MARÍA: Por supuesto el primo de Concha no tenía ni idea de cómo regresarnos, pero estaba tan apenado y Concha tan enojada que prometió mover cielo, tierra y mar. Y lo hizo.

CONCHA: Luis salió con un plan muy enredado, no le entendí nada. Preguntó que si todavía teníamos la visa de artista y cuando se empezó a poner técnico se lo pasé a María, pero lo resolvió, logró que nos regresaran. Hasta se me quitó lo enojada.

LUCÍA: Yo nunca había viajado en avión. Se siente como... pues como, pues así, bien.

MARÍA: Gratis no fue. Tenemos que hacer "retribución social".

LUCÍA: Así le hizo el gobierno para cobrarse lo que se gastaron en nosotras. No es que nos quejemos de la retribución, pero ya quisiéramos que ellos nos *retribucieran* alguna de todas las que nos han hecho, pero pus... gánale al PRI.

CONCHA: Además, mientras estuvimos entambadas del otro lado, nada, nadie de acá nos peló. Yo no sé, pero no me parece bien. Eso solito ya era suficiente castigo, luego además "retribución".

MARÍA: No es que esté mal, nos da oportunidad de contarles lo que nos pasó, pero...

LUCÍA: Pues es gandalla, la verdad. María no lo va a decir porque es muy modosita, pero también lo piensa. ¿Qué no, María?

MARÍA: Nos dicen que es importante que contemos nuestra historia, pero sigo sin entender por qué, o para quién. A quién le importa además de a nosotras.

CONCHA: No seas grosera, María, aquí los muchachos se quedaron todo el rato, eso se agradece.

MARÍA: No es eso, perdón, por supuesto que lo agradecemos, pero en qué cambia, a quién cambia. No tira el muro, ¿verdad? No dejamos de ser aztecas, o las del huipil y las trenzas, ni siquiera para nuestros familiares.

LUCÍA: Bueno, bueno, ya. Aquí estamos *retribuyendo*.

CONCHA: Sí, ya, María...

MARÍA: Bueno, imagino que la lección aquí es: siempre puede pasar algo peor.

LUCÍA: Y si conocen a alguna Leonora, sáquenle la vuelta. Traen mala suerte.

CONCHA: O quizá la lección sea: no hagan teatro.

LUCÍA: Ya ven, luego no es tan fácil zafarse. No sé cuántas funciones de estas nos quedan, ya ni sé qué más contar.

MARÍA: Gracias por habernos acompañado. Buenas noches.

CONCHA y LUCÍA: Buenas noches.

2017

Las que se quedan
se terminó de imprimir en noviembre de 2017
en los talleres de Impresiones Editoriales FT,
S. A. de C. V., Calle 31 de Julio de 1859,
Mz. 102, Lt. 1090, col. Leyes de Reforma,
C. P. 09310, Iztapalapa, Ciudad de México.

El cuidado de la edición estuvo a cargo
de Abril Terreros y Octavio Hernández
Formación, Estefanía Leyva.

El diseño editorial es de José Bernechea Iturriaga.

El tiraje consta de 1 000 ejemplares.





Existe una patria extraña en la frontera norte de nuestro país. Una patria que ha ido conformando su identidad a fuerza de intentar ser “mexicanos” (lo que quiera que esto implique) en el lugar menos adecuado para intentar ser “mexicano” (lo que sea que esto sea). Esta patria ha generado con el tiempo sus propios códigos, desde los gastronómicos hasta los lingüísticos, que permean a la cultura en general y a los artistas en particular.

En algún momento de la historia, a algún imbécil de nuestra burocracia cultural se le ocurrió la genialidad de apoyar el arte y la cultura de manera desmedida en esta franja de indefiniciones. Y mexicanos al fin, los artistas de la frontera norte florecieron alrededor de temas que volvieron tópicos: la desigualdad entre los países, la migración y la violencia, y hasta el feminismo, total. Así, hemos visto aparecer generaciones completas de escritores de taller y artistas de banqueta exigiendo su lugar en los anales del arte al sonoro grito de las muertas de Juárez.

Las que se quedan, de Alejandra Serrano, retrata en una divertida caricatura a esta comunidad artística trasfronteriza partiendo de un grupo de teatreras auspiciadas por la asistencia social. Y es tan deliciosamente misógina que si la hubiera escrito un hombre ya lo estarían linchando.

LUIS ENRIQUE GUTIÉRREZ O. M.



PASODEGATO

ISBN: 978-607-8439-78-2



9 786078 439782